

34. Chihuahua 2008, testimonio desde Juárez

*Carlos González Herrera*¹⁶⁹

El pensamiento conservador encuentra en la evocación idealizada del pasado una de sus formas favoritas de expresión. En Ciudad Juárez desde hace tiempo se deja escuchar, entre sentimientos de esperanza y el abatimiento anímico, aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Una mirada a los últimos cien años de vida en la frontera, particularmente de ese cruce fronterizo que conocemos como la región Juárez-El Paso, permite ver que la tranquilidad nunca ha sido una acompañante por largos periodos. De existir lugares en los cuales verdaderamente podemos encontrar durante el siglo xx (después de la Revolución y sus conflictos posteriores), esa tranquilidad pueblerina y bucólica, una población como Juárez no podría pertenecer a esa descripción. Junto a buena parte del resto del país, Juárez vivió una época intensa y violenta entre 1910 y 1920. Después, la población hubo de sortear el olvido que el gobierno federal hizo de realizar inversiones importantes en la frontera, dedicando buena parte de su energía vital y capacidad de trabajo a la industria del turismo transfronterizo: juego, prostitución, bebida, droga, etcétera. No obstante, esa defensa de un pasado reelaborado para curar las angustias de un presente incontrolado tiene bases históricas más bien débiles.

Como puede imaginarse, es remota la posibilidad de que aquella ciudad hubiera experimentado una vida verdaderamente exenta de crimen y violencia. De hecho, hacia mediados del siglo pasado, había una actividad criminal organizada bastante activa y también aquella ejercida por los “pequeños desorganizados”. Ambas eran reprimidas por la regla de dos: la policía agarraba a los ladronzuelos y después de una brutal paliza, los expulsaba de la ciudad. La reincidencia fue frecuentemente castigada con la desaparición definitiva. Esa forma de ejercer la ley atemorizó a muchos, pero contó con soporte social.

En medio de esa bruma con que se recuerda el ingreso a los años sesenta, el gobierno federal hizo su segunda aparición durante el siglo xx (la primera fue en forma de fuerzas federales para defender la plaza contra las fuerzas de Madero, Orozco o Villa). A iniciativa de ciertos prohombres locales, que se presentaron como capitanes de empresa sin realmente tener ninguna experiencia en el ramo (salvo por Antonio J. Bermúdez, director de PEMEX) y aún con la renuencia de parte de los gobiernos de los presidentes López Mateos y Díaz Ordaz, se puso en marcha el Programa Nacional

¹⁶⁹ El Colegio de Chihuahua, Ciudad Juárez.

Fronterizo (PRONAF). No sonaba nada mal como principio. Por fin una visión de corte nacional y manejada por el Estado mexicano para atender a su frontera con los Estados Unidos, desatendida desde 1848. Pero esa apuesta generó un crecimiento absolutamente fuera de control, sin posibilidad de empatar el crecimiento población con servicios públicos, servicios educativos y servicios de salud. Presenciamos entre 1975 y 1995 un proceso de urbanización atroz, salvaje o sin control.

Así, desde que la frontera se formó en 1848, el mexicano ha sido un Estado ausente. La oportunidad que el PRONAF plantó para que toda la frontera se convirtiese en una región estratégica de altísima prioridad no fue aprovechada. Simplemente, se abrieron las ventajas para que los llamados desarrolladores urbanos y las transnacionales que vinieron a instalarse en ciudades como Juárez, Tijuana o Reynosa se volvieran autoridades *de facto*, mientras que las *de jure* han sido tradicionalmente débiles. Tenemos pues, que a la urbanización salvaje, se añade una presencia de Estado débil que ha sido incapaz de instalar en lugares como Juárez las iniciativas niveladoras de las desigualdades sociales que deben animar las políticas públicas del Estado. Juárez tiene menos metros cuadrados de pavimento, menos camas de hospital y menos lugares en preparatorias y educación superior que la capital del estado, Chihuahua, que cuentan con medio millón menos de habitantes.

¿Qué ha pasado con la sociedad en Juárez? Una ciudad ubicada donde está, por el que se mueven algunos de los tráficos de mercancías y personas más activos del mundo y que tiene una antigua relación de proveedor de las necesidades del suroeste estadounidense (fuerza de trabajo, diversión, alcohol o drogas), podía mantener niveles “aceptables” de inseguridad y violencia controlada, siendo su sustento la debilidad del Estado y el reino de los poderes *de facto*. En una ciudad con tal cultura por el trabajo remunerado, en el que desde hace tiempo todos los miembros de la familia deben tener ingresos propios, tener como vecino al ladrón de autopartes, al contrabandista, al cruzador de personas al “otro lado”, al traficante de drogas al menudeo, o incluso a un asesino por contrato, se vio como tolerable. Mientras mantuvieran ciertos niveles de respeto por sus vecinos, sus actividades llegaron a ser vistas como una rama más de la economía local.

Al hacer su arribo los grandes grupos del crimen organizado deseando hacerse de la plaza, pudieron infiltrarse con relativa facilidad porque existían esos vasos comunicantes. Encontraron una ciudad como queso gruyere totalmente agujereada. Había una red apta para el ejercicio de la criminalidad. Eso quizá podría explicar porque los asesinatos abarcan un espectro social tan amplio y parece no tener una ubicación ni social ni geográfica específica.

Desde empresarios propietarios de lotes de autos usados, de casa de cambio, de lotes de autopartes o *yonkes*, bajando en la escala económica hacia los dueños de pequeños comercios de barrio, los jóvenes miembros de pandillas de barrio son los que

han aportado quizá la mayor cuota de sangre. Entre estos extremos, están los integrantes de las policías, pero también profesionistas e inclusive universitarios.

Durante 2008, Juárez vivió una etapa de títale a lo que se mueva. Pues no solo fueron ejecutados los integrantes de las bandas de alguno de los grupos del crimen organizados, sino los distribuidores de barrio que vendían la droga del contrario o no querían vender la de un nuevo grupo, pero también los policías que protegían a un grupo y eran “urgidos” a proteger a otro, incluso los policías que decidían mantenerse al margen. A ese grupo de víctimas hay que agregar a todos aquellos que han decidido no pagar cuotas de protección o no han podido seguirlo haciendo por la crisis económica.

Me parece que apostarle todo a la estrategia de guerra abierta al crimen organizado no será la solución: primero, porque estaríamos cometiendo el error del que alerta Camus en *La Peste*: conformarse con que la enfermedad, en este caso la violencia, baje de nivel y todo pueda regresar a la “normalidad” del pasado; segundo, porque hay que entender que en ese “pasado normal” está parte importante del origen del problema. Así que aquí sí se vale un gran ejercicio en contra de las autocomplacencias; tercero, porque la violencia ha tocado a Juárez como a muy pocos sitios del país. Es una ciudad que ha experimentado, durante 2008, más de 80 asesinatos por cada 100 mil habitantes, además de una escalada generalizada de todos los delitos, desde los tradicionales como robos a casa habitación o de vehículos, a los nuevos como la extorsión telefónica, los secuestros y llegando a la quema de comercios en un rango que va desde el comercio de barrio, hasta restaurantes, *antros* y gimnasios.

El espectro de la violencia y la descomposición de la autoridad es tal que una estrategia basada en tener al ejército en la calle no es la solución a largo plazo. Si la estrategia de seguridad del Gobierno Federal pretende la recuperación de territorios y el fortalecimiento de los gobiernos locales, podemos decir que quizá, sólo quizá, se cumple la recuperación temporal de territorios, pero no lo segundo ¿Por qué? Sencillamente porque la población retira la confianza que queda en la autoridad local y la deposita, con reservas, en las fuerzas armadas. El ejército desplaza al ministerio público del fuero común acordonando las zonas de crimen y levantando las evidencias para un futuro trabajo pericial. Las policías locales han sido desplazadas en la vigilancia de edificios públicos, hospitales, escuelas, calles, cruceros, aeropuertos, puentes internacionales, carreteras, instalaciones de PEMEX o CFE.

En marzo de 2009 culminó un proceso de remoción de todos los mandos, de primer y segundo nivel, dependientes de la autoridad civil electa del municipio: policía municipal, vialidad, control de las líneas telefónicas de emergencia y para la denuncia ciudadana. El mando civil ha aceptado su papel secundario de manera natural. Resulta difícil imaginar el cumplimiento de la estrategia del gobierno federal, llamada al fortalecimiento de las autoridades civiles locales. La estrategia de despliegue territorial de las fuerzas federales denominada Operativos Conjuntos, ha generado en Juárez dos

puntos de vista. Un posicionamiento, débil aún, en contra de la presencia del ejército mexicano en la ciudad. En Juárez, la evidencia apunta a que se trata más de una crítica de grupos derechohumanistas que de células activadas por el propio crimen organizado. En el otro extremo, surge en sectores de la población, y aún en los medios de comunicación, la opinión de la “eficacia” de las operaciones del ejército que al estar mejor entrenados, mejor equipados y menos sujetos a “restricciones civiles” logran dar golpes más contundentes al crimen organizado en términos de número de sicarios muertos. Desde mi punto de vista hay tres ausencias notables:

- La construcción de un amplio consenso y un frente social en contra del crimen, que además impulsen la inclusión de una política de Estado para el desarrollo integral de Juárez en particular y de Chihuahua en lo general, que sean capaces de reconstruir el tejido social fracturado por el abandono estatal y la violencia.
- Un replanteamiento del Estado mexicano que convierta a regiones como Ciudad Juárez, en escenarios de visiones nacionales en las que está en juego la seguridad nacional.
- Claridad sobre el papel que debe jugar la relación México-Estados Unidos. Juárez es muy distinto al resto del país, pero en muchos sentidos es muy similar de la línea fronteriza que se comparte con el “coloso del norte”. Una política de seguridad binacional con dividendos favorables para ambas naciones debería ser la que priorice el desarrollo fronterizo que en puntos como Ciudad Juárez - El Paso son impensables sin considerar “al otro”, por la sencilla razón de que se encuentran entrelazadas por los caprichos de la historia y los avatares del tiempo.

Por ello, visiones marcadas por el uso de la fuerza (de ambos lados de la frontera) y la coyuntura podrán tener efectos favorables en el corto plazo pero el abandono histórico regresará, procreando estos y otros males que oscurezcan los esfuerzos actuales en la “Guerra contra el Narco”.

35. La guerra en la frontera México–Estados Unidos

*Jorge Luis Sierra*¹⁷⁰

La frontera entre México y Estados Unidos está convertida en un campo de batalla por parte de ambos gobiernos. Existe una guerra en contra de poderosas organizaciones

¹⁷⁰ Colectivo de Análisis de la Seguridad con Democracia, A.C.